Día 30

SALMO 139

«¿Adónde me iré de tu Espíritu, o adónde huiré de tu presencia?» (Sal. 139:7).

¿Alguna vez has jugado al escondite con un niño? Es tan gracioso verlos tan convencidos de que están escondidos cuando partes de su cuerpo quedan al descubierto. Aún recuerdo cuando mis hijos se quedaban estáticos detrás de un mueble pequeño porque pensaban que no los estaba viendo.

La imagen de sus pies y sus cuerpecitos encorvados me recuerda ese momento en el Edén, cuando Adán y Eva pensaron que podían esconderse de su Creador. También me recuerda a situaciones difíciles en las que he pensado que Dios no me ve, o cuando he pecado porque no he tomado en cuenta que sus ojos están frente a mí. Ocasiones en las que he sentido que Él está ajeno a lo que se teje en lo profundo de mi corazón.

¿Has vivido tiempos así, en los que piensas que puedes esconderte de la presencia de Dios, o que Él está ajeno y ciego a tu realidad? El Salmo 139 es la declaración de un corazón que reconoce que Dios está en todas partes, y que Él conoce y ve todas las cosas. Y, a decir verdad, esta realidad pudiera ser aterradora o maravillosa.

Aterradora, porque a causa de nuestro pecado, desde el inicio hemos emprendido la huida. Queremos correr en dirección contraria a Dios porque sabemos que nuestra maldad nos condena. En vez de desear que nos escudriñe, nos avergüenza ser conocidos. E, irónicamente, pensamos que negar Su presencia nos hace invisibles delante de Él.

Pero si miramos esta declaración desde la cruz, donde el Hijo de Dios se entregó voluntariamente para recibir nuestro castigo; si la vemos a la luz de la obra perfecta de Cristo en nuestro lugar, reconociendo que Él ha limpia-

do toda nuestra maldad, y nos ha dado ha vestido de su justicia perfecta; si recordamos que no hay condenación para los que están en Cristo, *entonces* podemos declarar como el salmista «tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; es muy elevado, no lo puedo alcanzar».

En Cristo, nuestras vidas se desarrollan ante la mirada amorosa de Dios. Eso hace que todo lo ordinario se convierta en extraordinario. Nada es más hermoso que saber que Dios nos conoce hasta lo más íntimo, y aun así nos ama. Cada paso, cada acción, cada pensamiento, y hasta las palabras que no han sido pronunciadas. Sus manos nos formaron cuando nadie podía vernos, incluso antes que existieran razones para temer o motivos para sentir ansiedad. En Su soberanía, Él ha escrito los días que nos han sido dados. Nada puede cambiar esa verdad, nada escapa de su control.

Dios nos conoce cuando sentimos que podemos tocar las estrellas o si estamos en el momento más oscuro de nuestros corazones. Tanto en la cumbre como en el abismo, Él nos sostiene de Su mano. Graba esto en tu corazón: *Cristo es la mayor manifestación de la bondad de Dios para mí.* Gracias a Él, podemos clamar «escudríñame, oh Dios, conoce mi corazón; y guíame en el camino eterno».